

La nostalgia de un creador

Hebe Lemoine

Alberto Cañas es el más prolífico de nuestros escritores y el que siempre nos sorprende con el tema de su última obra. Sus cuentos, sus novelas, sus obras teatrales incursionan por muchos senderos diferentes como son: "Uvieta" y "La segua" o "Voy a llamarte Aurora" y "Una casa en el barrio del Carmen". Sin embargo en toda su producción hay elementos comunes: un lenguaje ajustado usado con precisión, una constante preocupación por lo que pasa en derredor, una sabia tolerancia hacia las limitaciones humanas y un humor de muy fino matiz.

Al mismo tiempo Alberto Cañas es un intelectual que desde muy distintas posiciones ha apoyado proyectos básicos para nuestro desarrollo cultural, desde la protección de edificios hasta la creación de la Compañía Nacional de Teatro.

Para los que trabajamos a su lado no es misterio alguno que él lee como pocos, ve todo lo que pueda verse: teatro, cine, exposiciones de toda índole, además de los "atardeceres que son gratis". Su conocimiento musical es vasto y sus gustos refinados. Y si como crítico teatral es el más bondadoso, no lo es sin motivo. Está convencido de que debe apoyarse todo intento artístico por el esfuerzo que significa el sólo hacerlo. Su profundo "amor a las cosas" hace que se haya decidido por ser el alentador en lugar del castigador, en un medio que muchas veces premia injustamente y critica con excesiva severidad, no por conocimiento, sino por sectarismo.

Lo anterior no es una apología a Alberto Cañas, es más bien una reflexión que considero necesaria para su ubicación como hombre y como artista. ¿De qué sirve el arte si no sirve al hombre? y ¿existe un hombre sin recuerdos?

El Teatro Universitario ha elegido como su segunda puesta para la temporada correspondiente a 1982 una obra no nueva, pero hasta hoy inédita de Alberto Cañas; "Ni mi casa es ya mi casa". Creo que es una obra "clave" dentro de la producción del autor, su motor es la nostalgia y juega con el tiempo, a veces un poco irreverentemente. Es una pintura de la sociedad josefina que, partiendo de la década del 70, nos retrotrae a la del 30. Su protagonista, Arturo, recorre, desde su madurez, un camino "en busca del tiempo perdido", desde el hoy con la realidad de la piqueta derribando la que fue su casa, hasta el día de abril de 1932 en que dejó de serlo. Esos cuarenta años han pasado sobre él y sobre "su" ciudad. En aquella ciudad perdida convivían en una misma cuadra ricos, pobres y los que, sin tener dinero, pertenecían a familias con "nombre". El crecer sin problemas de clase, al menos en apariencia, ayudaba a

una relación natural entre los que jugaban juntos y los que conocían los problemas del vecino. Más de una amistad de esas que acompañan el resto de la vida, se hizo pateando una bola o cambiando cromos. En la obra esto se demuestra con la amistad entrañable de Arturo y Beto Blanco.

Apoyándose en la crisis económica de la década del 30 que obligó a cerrar negocios y ajustarse a nuevas situaciones, la anécdota nos habla del cambio que se produce en una familia en particular. El padre de Arturo, Abel, forma parte del Almacén "El Progreso", junto a su padre y dos hermanos. La crisis los obliga a tomar la determinación de reducir el personal. Esta parece ser la única alternativa, hasta que Abel en un acto humanitario —visto por Cristina, su mujer, como una debilidad y hasta una falta de responsabilidad para su propia familia—, decide dejar su puesto. Irá a trabajar a una oficina pública. Con este personaje en particular, el autor nos muestra conductas opuestas: la de los que buscaron enriquecerse para conseguir el poder y la de aquellos que, defendiendo convicciones, decidieron no ser "deliberadamente ricos". Abel es tratado a lo largo de la obra con admiración, respeto, ternura y también con un poco de nostalgia. Quizá porque los tiempos que corren no dan frecuentemente este tipo de ser humano y Alberto Cañas quiere que lo notemos.

El dejar de ser socio en el almacén obliga a dejar la casa y separa a la familia, ya que los dos hijos: Arturo y Cecilia, deberán ir a vivir con el abuelo materno y la tía solterona. Aquí el autor señala claramente cuáles eran los vínculos familiares en esos tiempos. Fuertes y eficaces. El abuelo Cristián y la tía Hortensia ayudan de un modo simple y natural. Nostalgia otra vez.

Arturo crece y llega el momento en que se produce un enfrentamiento con su tío Mariano, millonario y muy solo. Arturo va a reclamar a su tío la parte correspondiente a aquella sociedad que un día dejara su padre. Vemos cómo el hijo, usando técnicas propias del "progreso", gana la partida sobre su pariente con la ayuda del amigo entrañable: Beto Blanco, el hijo del sastre medio ciego del barrio, que hoy es el abogado de don Mariano.

Hay en la obra otro personaje significativo: don Rafael, abogado sesentón, "que está de juez" y que "bebe para olvidarse de lo que va a pasar". Es él quien declara: "Eso es lo que llaman la mayoría de edad de los países". Y la frase es precedida por "¡A hacer plata a como haya lugar!". El cambio social está marcado. Ya no se vive en el mismo barrio, ya no se va al mismo colegio, ya no se mezclan las gentes. Y es aquí, una vez más, donde aflora la nostalgia de lo que no fue, y el autor se pregunta: ¿el progreso a qué precio? La sensación que queda es que él hubiera preferido otro orden de cosas. A pesar de la comprensión racional, intelectual, del proceso natural de un país y de los problemas que eso trae, la impresión es que Alberto Cañas, caminando entre cajones de cemento y vidrio y aspirando lo que llamamos "contaminación ambiental"; dejó una parte de su ser en aquel barrio, en aquella casa modesta —"que hoy nadie querría"—, y sigue oyendo muchas veces los tangos y boleros que desde las vitrolas de su adolescencia siguen repitiendo Tomo y obligo y Enamorada.

Vivir incapacita para sentir una experiencia plena y profundamente ya que esa experiencia está rodeada de circunstancias impredecibles. Pero recordar significa reconquistar, a través de la memoria, esos momentos vividos, limpios ya de todo aquello que no les era "esencial". Para Proust uno reencuentra el tiempo perdido en la vida tan solo a través de la memoria. Para Alberto Cañas también. ■